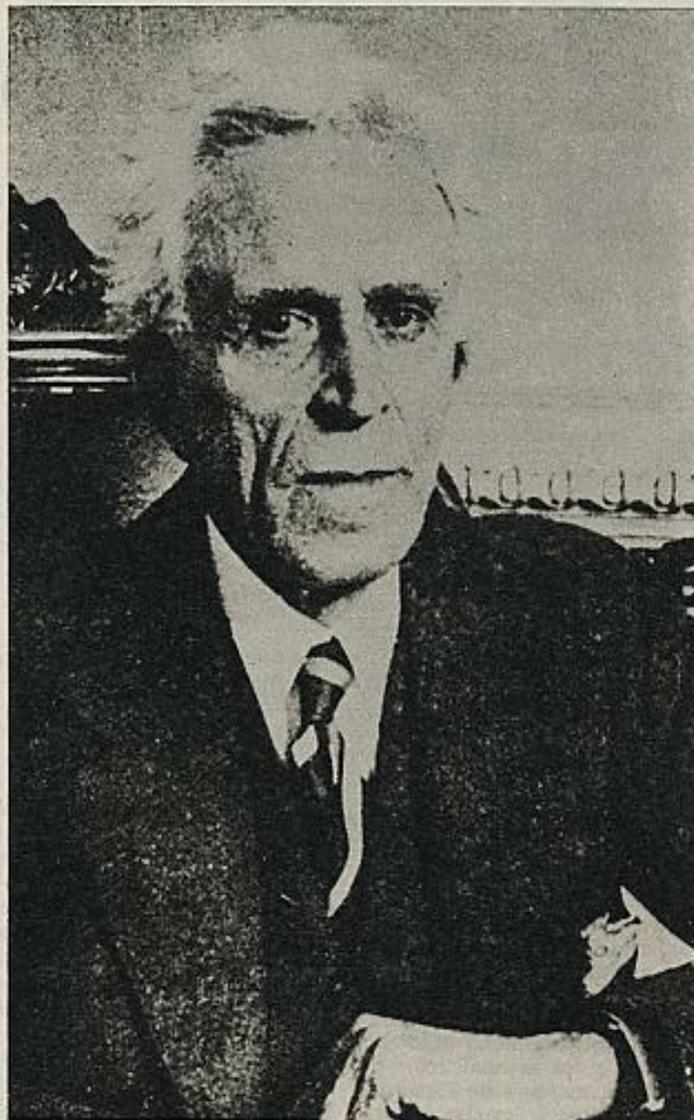


LA MAGIA DEL CENTRO

EDUARDO DE GUZMAN

CONVIENE poner en cuarentena todos los vaticinios electorales, por muy sólidos que parezcan los datos y razones en que se apoyan. Igual exactamente debe hacerse con los pronósticos electorales de desbordante euforia anticipados por los líderes de Alianza Popular durante su reciente congreso en Madrid. Unos y otros parecen haber olvidado por completo algunas verdades fundamentales. La primera de todas, que se han cumplido hace más de un mes los cuarenta y un años transcurridos desde la última consulta democrática al país, y que en estas cuatro décadas largas España ha cambiado moral y materialmente, tanto o más que cualquier otra nación del occidente europeo. Si recordamos que sólo los mayores de sesenta y cuatro años han tenido ocasión de emitir libremente el sufragio y que los menores de esa edad componen entre el 80 y el 85 por ciento de la población total española, comprenderemos lo aventurado y temerario de cualquier profecía. Durante cerca de medio siglo, nuestro pueblo ha tenido que disimular o negar su verdadera manera de sentir y pensar para librarse de los más duros castigos. ¿Puede nadie asegurar seriamente en estos momentos que conoce cómo piensa una mayoría de compatriotas? Evidentemente, no. Podremos desear e incluso calcular que lo hacen de una manera determinada, pero nada ni nadie nos garantiza que estemos en lo cierto mientras esa misma mayoría no pueda expresar libremente y sin temor, cuál es su opinión sobre los problemas que nos interesan a todos.

Los cálculos realizados en Gobernación durante los meses de agosto y septiembre de 1930 por los más expertos muñidores electorales, vaticinaban una aplastante victoria monárquica en las primeras elecciones que se celebrasen. Llegó, no obstante, el 12 de abril de 1931 y ocurrió todo lo contrario de lo pronosticado. "Han sido ocho años que han hecho explosión", dijo a modo de explicación un político tan hábil y avezado como el conde de Romanones. Si ahora no son ocho, sino cuarenta y uno los años que pueden hacer explosión en los venideros comicios, ¿quién puede ser capaz, hablando en serio, de anticipar sus posibles consecuencias?



Portela Valladares

En unas elecciones nacionales en las que participen por encima de los veintidós millones de votantes, las habilidades, argucias y maniobras pueden influir en los resultados de una sección, de una localidad e incluso de una provincia, pero nada más. Podrán como máximo atribuir la victoria en un colegio determinado a quien efectivamente resultó derrotado, si los sufragios están muy igualados. Pero cuando en el conjunto de un país se produce una avalancha de votos en favor de una tendencia determinada, eso no lo puede alterar ni siquiera ocultar, absolutamente nadie. Bien claros y con-

cretos tenemos en la Historia relativamente reciente de España dos casos demostrativos y elocuentes: el 12 de abril de 1931 y el 16 de febrero de 1936. En ambas ocasiones triunfaron quienes pensaban en forma diametralmente opuesta a los que en aquellos momentos ocupaban el poder. Pero tanto el almirante Aznar y Alfonso XIII, en una ocasión, como Portela Valladares y Alcalá Zamora, en otra, comprendieron perfectamente, pese a las apremiantes peticiones recibidas para recurrir al empleo de las armas, "que la fuerza se puede y se debe emplear contra los hechos revolucionarios, pero

se carece de autoridad moral para emplearla contra las manifestaciones del sufragio".

El centrismo en la Monarquía

Existe todavía otro factor que conviene no perder de vista, aunque lógico será utilizarlo con toda clase de reservas. Han sido varias las ocasiones en que las tendencias centristas parecían a punto de triunfar y los comentaristas vaticinaban con sorprendente unanimidad su victoria, en todas las cuales los elementos del centro se vieron derrotados por el voto popular resueltamente adverso. Aunque es evidente que la Historia no se repite nunca con absoluta y matemática exactitud, también lo es que factores semejantes producen consecuencias parecidas y que lo que repetidas veces ha sucedido con ligeras variantes entre sí, puede acontecer una vez más. (Y no es —precisemos, adelantándonos a posibles objeciones— que el español, fanático e intransigente, salte voluble y caprichoso de un extremismo a otro, rechazando toda sombra de moderación, que ahora como en tantas otras etapas y momentos decisivos de nuestra vida nacional, el pueblo está dando una lección admirable de madurez y civismo a cuantos aspiran a gobernarlo. Es más bien que a determinadas clases sociales —siempre las mismas— les interesa cultivar y propagar la calumniosa especie de su violencia cerril para privarle de sus libertades esenciales a fin de continuar explotándole con una máxima impunidad).

Forzoso es reconocer para empezar que en el medio siglo de la Restauración el centro no ha gobernado nunca en España. En la farsa ideada por Cánovas del turno pacífico de partidos, conservadores y liberales pertenecían a la misma clase social, defendían idénticos intereses económicos y las ideas conservadoras de Maura no diferían sustancialmente de las de Canalejas. La "revolución desde arriba" preconizada por el primero no era mucho más avanzada que las reformas defendidas por el segundo. Sólo en dos momentos, separados entre sí por una década, las fuerzas que podríamos considerar centristas pusieron en peligro a los grupos turnantes

LA MAGIA DEL CENTRO

en el poder. Fue la Solidaridad Catalana en 1907 y la Asamblea de Parlamentarios de 1917. Pero los dos movimientos fracasaron con rapidez al tropezar con "los obstáculos tradicionales". Melquiades Alvarez y Francisco Cambó pueden significar una esperanza de renovación para el país en determinados momentos, como representante el primero de la inquietud universitaria e intelectual de España y el segundo del empuje transformador de la burguesía catalana; pero uno y otro se dejaron ganar muy pronto por el señuelo del poder y se sumaron con armas y bagajes a los partidos gobernantes.

Cuando en 1930 cae la dictadura de Primo de Rivera —expresión de unas fuerzas todavía más derechistas y antidemocráticas que las representadas por los conservadores y liberales históricos— parece llegado el momento del centrismo. La figura política de Cambó se ha agigantado en los años dictatoriales más que por sus libros políticos y polémicos por sus triunfos financieros internacionales; las persecuciones del dictador y su prolongado y dorado destierro en París ha aureoleado a don Santiago Alba de un prestigio que no tuvo ni antes ni después; don Gabriel Maura, en cuyo torno se agrupa la mayor parte de los seguidores de su padre, goza de sólida fama por su honestidad política y su inteligencia que le ha llevado a figurar muy joven en varias de las reales academias. Las ideas políticas de los tres están muy próximas, forman un centro equidistante de las fuerzas dispersas de la Unión Patriótica y del anquilosado conservadurismo de Bugallal y Cierva por la derecha y de la peligrosa aventura emprendida a su izquierda por los constitucionalistas y más aún por los nuevos republicanos como Alcalá Zamora y los socialistas. Cuentan con fuertes respaldos económicos de las oligarquías industriales y agrícolas del país y con la aprobación y el apoyo de la Corona.

Cuentan con un máximo de probabilidades de triunfar. Aunque en el último instante no pueden vencer las dudas y vacilaciones de Santiago Alba, que continuaba en su cómodo retiro parisino presenciando desde la barrera los acontecimientos del ruedo nacional, el 3 de marzo de 1931 los otros dos, secundados por numerosos elementos que creen tener sólido arraigo en amplios sectores de la vida nacional, constituyen en una reunión celebrada en el hotel Ritz de Madrid el Centro Democrático



Cuando en 1930 cae la dictadura de Primo de Rivera, parece llegado el momento del centrismo. En la foto: el dictador junto al Rey Alfonso XIII.

co al que una mayoría de comentaristas políticos de la hora vaticina un éxito arrollador en las próximas elecciones. "El nuevo partido —escribe entonces Catiérrez-Ravé— además de las organizaciones regionalistas y mauristas, que eran su base, contó desde el primer momento con valiosas adhesiones individuales y su equidistancia de los extremismos de derecha e izquierda, le auguraban su próximo arribo al poder". Pero contra todo lo que muchos dan por descontado —entre ellos los entonces ministros Gabriel Maura y Ventós, y los ex ministros Golcochea, marqués de Figueroa, Silió y Montes Jovellar, aparte del propio dirigente de la organización don Francisco Cambó— cuando el 12 de abril siguiente se celebran unas vulgares elecciones municipales, el Centro Democrático, al igual que el resto de los partidos monárquicos, sufren una aplastante derrota que acaba no sólo con sus esperanzas, sino con el régimen imperante en España.

El centrismo en la República

Mucho antes de triunfar la República había quien se preocupaba ya por la constitución de un núcleo conservador —centrista en realidad, por cuanto a su derecha habría de tener a todas

las fuerzas monárquicas— que, alejado de extremismos de derecha e izquierda, sálvase los postulados y los intereses que determinadas clases juzgaban imprescindible defender. Así, Miguel Maura escribe hablando del famoso Pacto de San Sebastián: "En el verano de 1930 era ya un hecho cierto, certísimo, reconocido incluso por las autoridades del régimen, que la Monarquía se desmoronaba a ojos vistas y pronto se vería obligada a desaparecer. Lo que más importaba era encauzar su sustitución. Quiénes actuábamos en la vida política con la mirada puesta en el porvenir de España y palpábamos las reacciones, no siempre pacíficas y caricativas, que la visión del próximo porvenir suscitaba en ciertas masas populares, vivíamos bajo la obsesión de llegar cuanto antes a encuadrar las fuerzas políticas y sindicales dentro de un programa previamente madurado y, además, designar a los hombres que habían de asumir, llegado que fuese el momento, la función de gobernar. Era la tónica de aquel programa y de la calidad de estos hombres, dependería, íntegramente, la suerte del país. Se trataba, en una palabra, de preparar la colchoneta en la que había de caer fatalmente el cuerpo nacional cuando llegase la hora del cambio de régimen. Este fue el objetivo principal de la reunión

de San Sebastián, objetivo felizmente logrado".

Logrado a medias, sería más exacto escribir. Porque si al triunfar ocho meses después la Segunda República, don Miguel Maura consigue ser ministro de la Gobernación y don Niceto Alcalá Zamora preside primero el Consejo de Ministros y unos meses más tarde el nuevo Estado, la Derecha Liberal Republicana —que ambos acaudillaban y que puede y debe ser considerada auténticamente centrista dada la distribución de las fuerzas políticas entre 1931 y 1936— no consigue más que un número reducido de escaños que no le permiten ejercer una influencia dominante en las Cortes Constituyentes, en los debates del nuevo texto constitucional y en la política seguida durante el primer



Miguel Maura, ministro de Gobernación y cabeza, junto a Alcalá Zamora, de la Derecha Liberal Republicana.

bienio. Ni aun contando con la ayuda y apoyo de otros elementos moderados —por ejemplo, la Agrupación al Servicio de la República, los escasos diputados de la Lliga y el ala más derechista del Partido Radical— consigue hacer prevalecer sus postulados en las materias más controvertidas y polémicas. En los primeros años de la República gobiernan las izquierdas; de igual manera que en la Monarquía gobernaron las derechas, sin que el centro tenga un papel determinante, pese a que la Presidencia aparece ocupada por un centrista: don Aniceto Alcalá Zamora.

Algunos presuntos historiadores han llegado a escribir que en las elecciones del 19 de noviembre de 1933 triunfaron las tendencias centristas y, por consiguiente, las Cortes y los numerosos Gobiernos del segundo bienio tuvieron ese cariz. No es cierto en absoluto, aunque el error pue-



Sobre estas líneas, Alcalá Zamora, presidente del Gabinete al constituirse la II República. Abajo: Francisco Cambó, creador con Gabriel Maura del Centro Democrático de 1931.



de tener la fácil explicación de considerar a la CEDA —equivalencia española de la democracia cristiana europea de los años treinta— como centrista, cuando entonces no sólo era derechista, sino de clara tendencia fascizante, al igual que le ocurría a la socialdemocracia austriaca con Dollfuss a la cabeza, en el momento de emprender la lucha armada para exterminar a la socialdemocracia vienesa. (Las luchas armadas de Viena, con la matanza de socialistas en el mes de febrero de 1934, tienen una influencia decisiva en los acontecimientos políticos españoles de dicho año, que nadie que yo sepa ha estudiado todavía a fondo).

La realidad es que en las elecciones de 1933, el triunfo —relativo, pero en modo alguno decisi-

tuación provoca una terrible inestabilidad, debida fundamentalmente al hecho de que la CEDA no acepta de lleno la República ni proclama abiertamente su acatamiento del régimen. Gobiernan fundamentalmente los radicales —de los que pronto se desprende el ala izquierda, acaudillada por Martínez Barrio— con el apoyo de los diputados de la Lliga, de los agrarios y de la propia CEDA. Su política no es ni puede ser centrista, no sólo por el deslizamiento hacia la derecha de Lerroux y quienes le siguen, sino por las ideas y significación de agrarios y cedistas, que si carecen de los votos necesarios para gobernar por sí solos, tienen los suficientes para hacer imposible la estabilidad de cualquier Gobierno que no siga al pie de la letra sus indicaciones.



Melquíades Álvarez preside la inauguración de la Asamblea del Partido Liberal Democrático en el hotel Palace madrileño.

vo y total— es de las derechas y no de los centristas, en un reparto de escaños que no corresponde con exactitud a los votos alcanzados por cada una de las tendencias. En el segundo Parlamento republicano toman asiento 217 diputados derechistas, frente a 156 del centro y 99 de izquierdas. En el sistema parlamentario de la Segunda República son necesarios para gobernar, con absoluto desembarazo, la mitad más uno de los diputados, y ninguno de los tres grupos puede reunir los 238 votos precisos en ese momento. De la gobernación del país, dada la composición de las Cortes, sólo puede hacerse cargo una de las minorías más numerosas de cualquiera de los tres grupos —CEDA por las derechas, radicales por el centro o socialistas por la izquierda— con el apoyo expreso o tácito del resto de su tendencia y de algún partido de las restantes. Esta si-

Esta profunda inestabilidad unida a los escándalos del Straperlo y Nombela —insignificantes en su magnitud cuando los comparamos con los de Matesa, Redondela, Sofico y otros tan abundantes en la etapa franquista— determinan el absoluto descrédito del partido radical y obligan a una nueva disolución de Cortes a comienzos de 1936. En esta ocasión, don Niceto Alcalá Zamora, de completo acuerdo con el jefe del Gobierno, don Manuel Portela Valladares, designado por él, trata de llevar a feliz término una audaz maniobra política. Tiene como objetivo y finalidad el triunfo de una minoría centrista que, dado el equilibrio entre los dos bloques que polarizan la opinión nacional —Frente Popular por las izquierdas y Frente Nacional por las derechas— desempeñe no sólo un papel de árbitro moderador de extremismos, sino que inclinán-

dose alternativamente a un lado y otro gobierna realmente el país, impidiendo el choque sangriento que algunos consideran inevitable. Dado que las fuerzas de izquierda y derecha están muy igualadas y que en una y otra alianza electoral aparecen grupos muy dispares, de los que será posible disgregar en unas futuras Cortes valiosos elementos que colaboren en una política centrista, una minoría de cien diputados puede resultar más que suficiente para los planes que acarician Portela Valladares y Alcalá Zamora.

El objetivo parece fácil de conseguir tanto por la existencia de un fuerte sector de opinión moderada y centrista como por la violencia de la campaña electoral de los dos bloques en pugna —esencialmente de la derecha— que hace presagiar los más dolorosos acontecimientos. Por otro lado, Portela es un viejo político, experto en lides electorales, conocedor de todas las triquiñuelas habidas y por haber y convencido de que manejando con habilidad los resortes del poder se puede hacer triunfar un número considerable de diputados. Pero los sueños centristas se desvanecen apenas cerrados los colegios electorales en la noche del mismo 16 de febrero de 1936. Antes del amanecer del 17 se sabe ya que una verdadera avalancha de votos ha dado un triunfo indiscutible y decisivo al Frente Popular. Sin esperar a los resultados de la segunda vuelta —necesaria en virtud de las normas electorales en las provincias de Alava, Guipúzcoa, Castellón, Soria y Vizcaya— han triunfado 257 diputados de izquierda, frente a 139 del Frente Nacional y únicamente 57 centristas. Dos días más tarde, Portela Valladares abandona el poder y don Manuel Azaña tiene que hacerse cargo de él en las más desfavorables circunstancias.

Como vemos por este sucinto repaso de la historia política española en lo que va de siglo, el centrismo ha sido un sueño acariciado por muchos, pero siempre desvanecido antes de alcanzar la anhelada gobernación del país. Para unos será una desgracia; para otros, una fortuna; para todos, cualquiera que sea nuestra opinión particular, un hecho cierto repetido en la Monarquía y en la República. ¿Qué pasará ahora? ¿Tendrán mejor suerte y fortuna Suárez, Areilza, Cabanillas, Osorio, Sancho Rof, Álvarez de Miranda, etcétera, de la que tuvieron en épocas pretéritas Cambó, Gabriel Maura, Melquíades Álvarez, Alcalá Zamora y Portela Valladares? Antes de tres meses lo sabremos. ■ E. DE G.